

Hacia un nuevo socialismo

Teodoro Petkoff

Teodoro Petkoff: Político venezolano. Presidente y diputado del Movimiento al Socialismo (MAS). Entre sus obras destacan: "Checoslovaquia, el Socialismo como problema", "Socialismo para Venezuela", "Razón y Pasión del Socialismo", "Proceso a la Izquierda", "Democracia para el Socialismo".

Las contradicciones intra e intersocialistas

Cuando los cariones de aquel crucero, de nombre premonitorio, "Aurora", como en una grandiosa obertura beethoveniana, tronaron en la helada y blanca noche petersburguesa, el destino empujó los portones de la historia y a través de ellos irrumpió, de la mano de Lenin, la primera revolución socialista. El viejo sueño libertario y solidario, de una vida sin explotación, justa y plena para el hombre y sus hijos y los hijos de sus hijos, parecía, por fin, encontrar residencia en algún lugar de la tierra.

Una inmensa marejada de esperanza y lucha sacudió a la humanidad. Por todas las direcciones de la rosa de los vientos florecieron movimientos, partidos y combates que establecieron su filiación revolucionaria utilizando como referencia política, moral y orgánica los latidos del gigantesco corazón soviético. En el movimiento obrero se partieron las aguas: socialdemócratas y comunistas devinieron en hermanos enemigos y los segundos pasaron a ser la encarnación por antonomasia de la revolución, mientras los primeros lo eran de todas las traiciones y claudicaciones. Depositarios de todas las certidumbres, dueños de todas las respuestas - la sal de la tierra, cantaban los poetas -, los comunistas fundaban su fuerza, ante todo, en la inmovible seguridad de que "allá" "las mañanas cantaban".

La inmediata posguerra conoció el nacimiento de lo que pasó a llamarse "el campo socialista". Nuevos países reforzaron la opción socialista a escala planetaria. No había duda, el mundo marchaba inexorablemente hacia el socialismo y, además, éste por definición era la Unión Soviética. Ese era el modelo. Y cuando el 1 de octubre de 1949, en la vasta explanada de Tien An Men, Mao Tse Tung anunció el nacimiento de la República Popular China, la fe, en todos nosotros, se hizo más pétrea que nunca. Ninguna duda. Ninguna reserva. El capitalismo retrocedía a sus baluartes metropolitanos ante el acoso combinado del segundo y el tercer mundo. Todo se desarrollaba de acuerdo a las previsiones de los grandes textos. La historia hablaba por boca de Stalin. Lo otro, las disonancias en la vasta orquestación stali-

niana, era desdeñable. ¿Yugoslavia? ¿Quién podía dudar que Tito era un agente de la Inteligencia británica? Stalin lo había dicho y con eso era suficiente. ¿Albert Camus? Un "intelectual". ¿Quién puede tomar en serio a los intelectuales? Todavía en 1956 podíamos creer, sin más, que lo de Hungría no había sido otra cosa que una asonada fascista. Fue, sin embargo, poco antes, ese mismo año, cuando las antiguas verdades comenzaron a perder algo de su brillo. Jruschov había presentado su famoso "Informe Secreto", iluminando apenas la punta de un iceberg. ¡Pero qué iceberg! Lo que durante años había sido descartado, sin remordimientos, como calumnias del imperialismo, de la burguesía, de la socialdemocracia o del trotskismo, resultaba, pues, verdad. Una verdad empero, que sólo años después vendríamos a comprender en toda su trágica y siniestra dimensión. Pero el encantamiento había sido roto. Los cerebros comenzaron a funcionar otra vez. Togliatti concedió su célebre entrevista a la revista Nuovi Argomenti y por primera vez alguien, desde dentro del movimiento comunista - y no propiamente un intelectual camusiano o sartreano, o algún trotskista, siempre sospechoso, sino todo un veterano de la III Internacional - ponía en duda una explicación oficial soviética. No, no podía ser solamente la patología de losif Vissarionovich Djughashvili, alias Stalin, la causa de todo. Era la "sociedad nueva" la que debía ser discutida, sostuvo, muy elípticamente, cierto es, el viejo líder italiano. La maciza estructura del movimiento comunista mundial mostraba, finalmente, una fisura, pero, sin embargo, todo parecía seguir bajo control; la inapelable autoridad soviética no lucía mayormente resentida. El terrible trauma húngaro fue capeado y las antiguas fidelidades resistieron el choqué.

Entonces sobrevino el gran cisma, la histórica ruptura entre los dos gigantes del comunismo. Entonces sí, para mucha gente, el sol comenzó a girar en torno de la tierra. Todo estaba trastocado. De contradicciones interimperialistas conocíamos, pero, ¡hete aquí que también se daban contradicciones intersocialistas! Años más tarde, la intervención militar soviética en Checoslovaquia, la china en Vietnam, la de Vietnam en Kampuchea y nuevamente la soviética en Afganistán terminaron de cauterizar las últimas ilusiones. ¡No era verdad, pues, que con el socialismo nacía la era de la paz universal y se acababan las guerras para siempre!

Después del distanciamiento chino-soviético, los acontecimientos se precipitaron. Tuvo lugar la llamada "primavera de Praga" y la posterior invasión soviética y se dio la serie de los grandes levantamientos obreros en Polonia el 56, el 70, el 73, hasta el del 80, que ha creado una situación absolutamente novedosa y que, de sostenerse, estaría demostrando en el socialismo existente las posibilidades de renovación, y superación de sus limitaciones a partir de sí mismo y de las bases creadas por la existencia de relaciones de producción no capitalistas. Por su parte, la ver-

tiende china del socialismo existente nos ha proporcionado dos momentos, aparentemente contradictorios, de lucha contra sus esclerosis: la "revolución cultural" y el actual proceso de democratización y reacción contra aquella "revolución". En ambos casos queda la duda de si los remedios, si no peores, no serán idénticos a las enfermedades. En el primero, la lucha contra el burocratismo, con evidente participación popular - pero también manipulación de ella condujo a un clima de intolerancia y represión interna y a la consolidación de nuevas burocracias; en el segundo, la democratización desde lo alto, evitando celosamente toda movilización popular y, por tanto, con una fuerte componente burocrática, compromete sus propios propósitos en un proceso por demás lleno de trampas e incertidumbres.

En resumen, es la crisis. Ya nada es como era antes. Las tensiones internas, las contradicciones intra e intersocialistas, son inocultables y ahora, ante quienes hemos hecho de la lucha contra el capitalismo y por el socialismo una razón existencial, se levanta el gran reto de este final del siglo veinte: cómo superar el capitalismo, cómo revolucionar nuestras sociedades, sin reproducir un modelo, supuestamente alternativo, cuyas carencias e insuficiencias son tales que hacen discutible hasta la utilización del calificativo socialista para designarlo.

Creemos indispensable hacer un ejercicio de reflexión colectiva acerca de este gran tema de nuestro tiempo. Decir "crisis del socialismo" es plantear de una vez el problema. ¿Responden las actuales sociedades socialistas a las aspiraciones de quienes postulan la necesidad de una alternativa frente al ordenamiento capitalista? ¿Es eso el socialismo? ¿Es posible pensar en una vía de desarrollo socialista alternativa tanto al capitalismo como al llamado "socialismo real", es decir, el que se construye según el modelo soviético?

Hoy, y desde hace ya algún tiempo, primero no sin perplejidad y luego con una óptica crítica, comprobamos que entre el ideal, y la práctica que en nombre de él tiene lugar en las sociedades socialistas, existe una brecha, en ocasiones tan ancha, que la segunda pareciera negar el primero. Cómo cerrar esa brecha, cómo restablecer la correspondencia entre el sueño y la realidad en la práctica social, constituye, repito, el gran desafío, la gran incógnita a despejar en estos años que tenemos por delante. Surge una duda, sin embargo, en algunos: ¿una discusión crítica de esta naturaleza no engordará el caldo del adversario? No es necesario ampararse tras la autoridad de Lenin o Gramsci para responder categóricamente que no. Cuando la historia ha colocado las cosas en el plano en que están hoy la lucha contra el capitalismo se hace inseparable de la creación de una opción alternativa **también** al socialismo burocrático y autoritario. Son procesos que se retroalimentan mutuamente.

te. Difícil sería librar la lucha por el socialismo en nuestro país sin reconocer una vinculación objetiva con ese "socialismo real", pero, por lo mismo, tiene la mayor importancia para lo que acá hacemos, poder ver con ojo crítico aquellas sociedades y rechazar toda postura acrítica y subordinada respecto de ellas.

Y ello por una razón muy sencilla; porque se trata de un modelo que en más de un sentido ha conducido a aquellas sociedades a impasses que exigen nuevas sacudidas revolucionarias para que puedan ser superados. Ya a esta altura de los acontecimientos sólo devotos feligreses de una iglesia pueden pasar revista a los avatares tormentosos del "socialismo real" y racionalizarlos a la luz de esa inefable muleta de la buena conciencia revolucionaria que es la "lucha de clases internacional" - coartada que sustituye muy dignamente al no menos famoso "cerco capitalista", gracias al cual todas las aberraciones del stalinismo podían ser justificadas.

No se trata de hacer un proceso a los países del campo socialista ni de engordar el caldo del capitalismo, sino de asumir sin complejos y sin concesiones al chantaje, un debate que, en definitiva, es acerca de nosotros mismos y del antiguo sueño emancipador del que están embebidos nuestros afanes y desvelos. La discusión se hace a partir de la lucha revolucionaria contra el capitalismo, se desarrolla en función de esa lucha, para hacerla eficaz y vencedora. **Preguntarnos por el socialismo existente y por cuál podría ser un modelo revolucionario alternativo tanto al capitalismo como a aquel, no solamente no supone ninguna concesión al mundo que hoy adversamos y combatimos sino que, al contrario, es la única actitud profunda e integralmente revolucionaria.**

Y para asumirla no creemos necesario esgrimir el pasaporte de pasearnos antes por la larga lista de los "méritos" del socialismo existente. Que la URSS tenga cosmonautas o que Cuba haya erradicado el analfabetismo y China las hambrunas son evidencias que no requieren más apologías. Lo que nos importa ahora es descubrir cuanto de lo allí existente, desde el punto de vista político, niega no sólo nuestra idea del socialismo sino la propia posibilidad de que los venezolanos acepten como válida nuestra solución política si ella es percibida como una reproducción de aquellas fórmulas. Y que los venezolanos acepten nuestra proposición política es esencial para revolucionar el capitalismo en nuestro país.

Que la sociedad capitalista está urgida de una reorganización socialista está para nosotros fuera de discusión. No solamente el capitalismo del atraso transforma en tragedia la vida de la mayoría de quienes lo padecen, sino que en el propio capitalismo avanzado, la inflación, el desempleo, el estancamiento económico, los dese-

equilibrios sociales e interregionales recuerdan a todos, keynesianos o friedmanianos, que el decurso cíclico del sistema continúa cobrando altos precios en términos de maltrato a las fuerzas productivas y, en particular, a la más importante de todas, los trabajadores.

Por lo que a nosotros respecta, aquí en Venezuela, entrando en las particularidades de nuestro quehacer social y político, basta con apuntar lo que en cierta forma sirios y troyanos admiten hoy, al menos en el diagnóstico: el modelo socioeconómico vigente en el país va a marchas forzadas hacia el agotamiento. Que esta sociedad de hoy no es aceptable y que transformarla es un imperativo, está, pues, fuera de discusión.

Que la transformación debe tener lugar quebrando el poder sobre la sociedad de aquellos sectores sociales y políticos que en relación con los intereses de la mayoría definen opciones destinadas a reforzar los privilegios minoritarios y a optimizar sus beneficios económicos; es otra cuestión que está fuera de discusión. La experiencia universal demuestra hasta la saciedad que ni el capitalismo liberal ni el keynesiano han logrado el milagro de que el funcionamiento de la sociedad haga compatibles los intereses de las minorías poderosas con los de las mayorías trabajadoras y empobrecidas. Que estas se coloquen, entonces, en condiciones de poder establecer, activa y concientemente, las coordenadas de un sistema cuyas metas sean las de la dignidad de todos, el bienestar de todos y la gestión de todos en los asuntos de la vida, aparece, pues, como prerequisite para la edificación de nuevas formas de civilización humana. Socializar, pues, los poderes, los mecanismos de toma de decisiones a todos los niveles, continúa planteado como gran objetivo de la humanidad.

¿Qué debe entenderse por socialismo?

Ahora bien, ¿qué cosa entender por socialismo? He aquí una pregunta nada banal. La crisis del llamado sistema socialista mundial no permite las axiomáticas respuestas de antes. ¿Puede aplicarse el cognomento de socialista al modelo soviético - en sus distintas modalidades nacionales - de sociedad no capitalista? Si nos atenemos a una definición rigurosa del socialismo habría más de una razón para pensar que no. Hubo una época en que se creía suficiente definirlo a partir solamente de la estructura económica. La eliminación de la propiedad burguesa sobre los medios de producción parecía ser una obvia credencial de socialismo. Hoy ya no es posible sostener que la mera existencia de relaciones de producción no capitalistas constituya **per se** en socialismo. Si por éste vamos a entender una nueva forma de civili-

zación, una totalidad político-institucional, económica y cultural, entonces la visión estrechamente económica de sus características esenciales resulta poco satisfactoria. Y mucho menos útil resulta cuando la lógica interna de la aproximación economicista al socialismo termina por reducir sus logros a los índices estadísticos de producción. Esto es lo que ha dado origen, por cierto, a ese curioso "desarrollismo de izquierda", con su correspondiente gusto por las magnitudes faraónicas, que finaliza objetivamente, por considerar al socialismo apenas como un método de organización económica más eficiente, para producir acero o electricidad.

Bien sabemos de donde procede ese modo de valorar las cosas. Durante demasiado tiempo el marxismo estuvo lastrado por una interpretación mecánica de las categorías "estructura" y "superestructura", que concediendo a la primera tal primacía en el ordenamiento de los asuntos sociales, reducía la segunda a una mera excrecencia adjetiva. La idea de totalidad social y de interdeterminación entre sus partes componentes fue sacrificada en el altar del determinismo económico, así fuera, "en última instancia", según reza la célebre expresión de Engels.

Hasta hace poco se pensaba que la creación de un poder político revolucionario era apenas **el medio** para reorganizar las relaciones de producción y que era de estas, de las relaciones de producción no capitalistas de donde brotaba el socialismo. Por eso se podía producir esa dicotomía del pensamiento que llevaba a creer que la naturaleza no democrática del nuevo Estado no tenía porqué afectar la naturaleza de la sociedad, cuyo carácter socialista estaba asegurado por la fábrica. Hoy, gracias sobre todo a una práctica social concreta, descubrimos que el poder político revolucionario es, desde luego, un medio, pero también un fin en sí mismo, tanto más importante cuanto que el Estado ha adquirido en sí mismo, tanto más importante cuanto que el Estado ha adquirido hoy contornos que Marx no pudo sospechar y que ponen en entredicho también la noción clásica de su extinción. De allí que tanto como en las relaciones de producción, en el Estado mismo debe condenarse la naturaleza socialista de la nueva sociedad. La socialización de las palancas de la economía debe correr pareja con la socialización de las palancas de decisión política. Caso de que no sea así, y que los centros de decisión política sean "apropiados" por camarillas burocráticas y/o policiales, la propia socialización de los medios de producción acaba por ser una forma burocrática de propiedad no capitalista. Los productores directos están tan lejos de los centros de mando de la economía, tan alienados respecto del producto de su trabajo y tan ausentes de toda posibilidad de intervenir en las decisiones sobre la plusvalía, como en el capitalismo.

De modo, pues, que en rigor, el socialismo debe significar la transferencia del poder político a los sectores sociales no capitalistas, para que sea ejercido por ellos, directamente, a través de diversos niveles de autogobierno y a través de los órganos representativos, de modo que todas las decisiones, incluyendo las referidas a la socialización de la economía sean expresión del mayor grado de participación ciudadana. En otras palabras, el socialismo debe hacer verdad la bella definición lincolniana de la democracia: gobierno del pueblo, por el pueblo, para el pueblo.

La instancia política, pues, resulta de primordial importancia para establecer la identidad de un régimen socialista. Si ella no es democrática, si, por no serlo, y por ello mismo, el pueblo, supuesto sujeto del proceso revolucionario, no tiene acceso a los centros de toma de decisiones ni modo de controlar a quienes las toman en su nombre, por muy liquidadas que estén las relaciones de producción capitalistas, no se puede hablar, sin embargo, de socialismo. Cuando Lenin definió el socialismo, en aquella frase pulida como un diamante, como la suma del poder de los soviets más la electricidad, dejaba claramente establecida la naturaleza de la nueva sociedad: electricidad, si, es decir desarrollo de fuerzas productivas, más, para que nadie pudiera pensar en un proyecto tecnocrático, "poder de los soviets". Recordemos que "soviets" es la palabra rusa para designar el consejo. El soviets era el consejo de obreros, soldados y campesinos, el órgano de poder a todos los niveles, el órgano **democrático** del poder. Aún más, en un momento de su sueño, Lenin llegó a concebir el socialismo como el Estado administrado por las amas de casa, prescribiendo, incluso, horarios para que los trabajadores y las trabajadoras se familiarizaran con los secretos de dirigir una nación.

Que las cosas hayan ocurrido de otro modo en el mundo socialista tiene diversas explicaciones históricas y sociológicas, que no vienen a cuento en este momento. En cambio, si importa mucho considerar, aunque sea brevemente, esa racionalización teórica de los autoritarismos socialistas que es la dictadura del proletariado, porque ella inspira con demasiada fuerza todavía a distintos movimientos revolucionarios en todo el mundo y porque, además, todavía posee cierta eficacia como coartada.

Aunque no fuera sino por el hecho de que ella ha servido para dar cartas de nobleza a algunas perversiones monstruosas y a tremendas iniquidades, no debería otorgarse a la "dictadura del proletariado" ninguna pertinencia histórica ni política. Pero esta no es la razón de fondo, desde luego, para considerarla como una categoría teórico-política es imposible en ningún país del mundo, comenzando precisamente por aquellos donde se dice que existió o existe. A menos que nos refugie-

mos, para darle beligerancia, en la noción, completamente inocua, de que toda hegemonía clasista es una dictadura. Pero, el modelo teórico que dividía a la sociedad en dos grandes bloques antagónicos - burgueses y proletarios - no posee contrapartida real y la hegemonía de la burguesía no puede ser suplantada por la de un proletariado que en muchos países no existe y en otros, incluyendo a los más avanzados en el capitalismo, está acompañado de muchos otros sectores no capitalistas, cuya presencia no puede excluirse **a priori** de un nuevo bloque social hegemónico. "Dictadura del proletariado", pues, aún en su prístino sentido marxista, - que, por cierto, tiene poco que ver con la existencia de formas dictatoriales de gobierno - es una fórmula carente de contenido real, e inservible, por tanto, para ningún propósito de movilización política y transformación social. No es verdad que en la Unión Soviética haya habido nunca dictadura del proletariado **stricto sensu**; no es verdad que la haya hoy, por ejemplo, en Nicaragua.

Por lo demás, el propio Marx, cuando mostraba a la Comuna de París como prototipo de la nueva forma de Estado de dictadura del proletariado, no dejaba de percibir y, por tanto, de señalarlo implícitamente, que la Comuna de 1871 fue un poder inmensamente democrático. Quienes justifican la dictadura pura y simple en nombre de la del proletariado, no harían mal en tener presente este dato.

Hablemos, entonces, de la dictadura. De la dictadura sin apellidos. Lo grave no es que ella haya existido. En fin de cuentas, las circunstancias históricas pueden haber hecho forzoso el recurso a la dictadura en determinados casos, el establecimiento de estados de excepción; práctica, por lo demás, no ajena a ningún Estado. Lo grave es que, por una parte, los que debieron ser momentos de excepción se transformaron en rasgos estructurales de la sociedad y contribuyeron a conformar un modo de vida social general crónicamente autoritario. Por otra parte, lo que debió ser un momento de excepción y, por lo mismo, sumamente cuidado en el manejo de las restricciones a la libertad, para que los medios no negaran a los fines, dio pie - y da aún, si nos atenemos a los relatos sobre las tropelías de la famosa "banda de los cuatro" o a los casi surrealistas acontecimientos de Kampuchea - para aberrantes violaciones de los derechos humanos y de la dignidad de la persona. No es extraño, valga esta apostilla, que el propósito de forzar los desarrollos de una nación, como en el caso de Kampuchea, en nombre de la justicia, se hermane con la noción clásica y estereotipada acerca de lo que es la dictadura del proletariado. En el caso de Kampuchea, nos encontramos ante la versión extrema de una suerte de paradigma revolucionario, que, por lo demás, en ningún caso es justo.

¿Por qué lo excepcional se hizo definitivo? ¿Por qué lo históricamente condicionado y nacionalmente contextualizado ha sido asumido como requisito intemporal y de universal validez, como condición del tránsito revolucionario? A mi juicio, y al margen de otras explicaciones, por una notable carencia teórica en el pensamiento marxista, que es la referida a la inexistencia de una reflexión sistemática acerca de los problemas de la democracia tanto de la democracia como forma de Estado en países capitalistas, como de la democracia como forma de Estado en países socialistas; así como de la democracia en tanto que atmósfera cultural y política en la sociedad. Al lado de esto existió una comprensible pero imperdonable paradoja, consistente en el acto deliberado de hacer pasar a segundo plano las propias reflexiones democráticas para asimilarse a lo que para la época era tenido como revolucionario. Esto fue particularmente doloroso en América Latina, cuando se fue ciego ante el señalamiento sobre la necesidad de una democracia avanzada, que surgió desde las filas críticas al dogmatismo marxista de la época.

El poder del pueblo no puede ejercerse sin la existencia de libertades democráticas

Concibiendo el marxismo mecanicista a la política como simple huella digital de la economía, no es de extrañar que nunca haya comprendido la naturaleza de la llamada democracia burguesa Entendiéndola apenas como mascarón de proa de la explotación económica y como "farsa" dirigida a manipular a los sectores explotados, tendió siempre a menospreciar la importancia de las libertades democráticas (buenas para usarlas contra el adversario, pero carente de valor por sí mismas) y nunca pudo apreciar el ligamen existente entre la lucha por la democracia y la lucha por el socialismo. No pudo comprender nunca a la democracia como producto histórico de la lucha de clases, en cuyas cristalizaciones institucionales y jurídicas es posible percibir **también** el aliento de los sectores populares y no sólo el de los dominantes. No pudo entender nunca la peculiar tensión que hace a la democracia una oposición permanente entre aquellos sectores que, aún asumiéndola, pugnan continuamente por limitarla y reducirla y aquellos que pugnan por ensancharla y profundizarla. Ni siquiera porque en varias democracias capitalistas poderosos movimientos de masas invadieron los terrenos vedados de los poderes, se extrajo la conclusión correspondiente: la concepción instrumental de la democracia mantuvo siempre su extraña capacidad de sobrevivencia, siendo más bien excepcionales los desenvolvimientos teóricos que, como los de los comunistas italianos, han marchado en un sentido completamente diferente a aquel. De allí que si alguna descripción puede haber de la izquierda, es aquella que la define como una realidad escindida. Por una parte se refiere a un mundo ilusorio y por la otra a un mundo que no comprende, pero que para colmo es el mundo real.

La carencia teórica, unida a las exigencias de una conducta apologética en todos los casos ante el socialismo existente, ha producido esa peregrina concepción según la cual las libertades democráticas, siendo "burguesas", no tienen ningún espacio en la nueva sociedad - como no sea el meramente formal de aparecer registradas en las Constituciones - y deben ceder el lugar a las "verdaderas" libertades, que son, por supuesto, las de orden económico. Es por ello, también, que todo lo referente a la democracia fue abandonado en manos de la socialdemocracia, desconociendo incluso impulsos elementales de la gente, y por lo que, cuando la preocupación por esos temas aparece en los revolucionarios, la visión superficial de cierta izquierda, así como la de la derecha, comienza a hablar de "socialdemocratización". Como en el mundo de la izquierda, aparte de el de "pequeño burgués", no hay insulto más grave que el de "social demócrata", se puede medir por allí el profundo desprecio que merece toda esta temática de la libertad para quienes consideran que ocuparse de ella es sinónimo de abandono de los principios revolucionarios, ¡Y pensar que alguna vez Engels se refirió al socialismo como el reino de la libertad! Por cierto que en esta postura ante la democracia coincide "esa" izquierda con una cierta, derecha, cuya crítica de la democracia en nombre de la eficacia es por demás conocida. Derecha es el fascismo.

Si alguna convicción hemos adquirido es la de que el ejercicio del poder del pueblo en condiciones no capitalistas es imposible sin la existencia de libertades e instituciones democráticas. Así como en el capitalismo, el poder del dinero y los privilegios sociales y económicos distorsionan y pervierten el ejercicio de las libertades y la acción de las instituciones, la inexistencia de libertades e instituciones democráticas pervierte y distorsiona una filosofía social supuestamente igualitaria y justa.

Para que el poder del pueblo pueda ser realmente ejercido, la sociedad no debe estar "alveolizada". El más eficaz mecanismo de anulación del poder del pueblo en el modelo soviético de socialismo, es precisamente la fragmentación de la sociedad. Reducir el ejercicio de la condición ciudadana al alvéolo social que cada quien ocupa, negando a los ciudadanos la visión global de los problemas del país y haciendo imposible la aspiración hegemónica de la clase obrera, impidiendo la generalización de los problemas y los debates, bloquea la conformación de una opinión pública, despolitiza progresivamente al país y hace de la disidencia un fenómeno perfectamente localizable y fácil de reprimir. Por un extraño designio de la historia, un idal medioeval, el corporativismo, se reencarnó en quienes pretendían inaugurar la dimensión verdaderamente histórica de la humanidad.

Medios de comunicación absolutamente controlados por el poder político, cerrados a toda otra información que no sea la que el poder quiere hacer circular, e inaccesibles para el pueblo, **hacen imposible todo ejercicio crítico respecto de la conducción política de la nación.** En cambio, el poder autoriza y manipula también, la crítica "municipal", el reclamo insustancial a la burocracia de quinta categoría. Más aún, se permite cada cierto tiempo discursos estelares, o informes ante congresos, donde se lanzan rayos y centellas contra la burocratización, pero tratándola como una suerte de defecto genético de las personas y no como expresión de una patología social. Discursos e informes, por tanto, ineficaces y sin consecuencias.

La inoperancia de los órganos políticos del Estado de carácter representativo, cuyas brevísimas sesiones son más bien ocasiones para el despliegue de la riqueza folklórica nacional y cuyo papel es aprobar - por unanimidad, por supuesto - lo que los órganos ejecutivos del Estado y el partido han resuelto, no permite a la colectividad controlar los actos de sus gobernantes ni participar en modo alguno en la elaboración de las políticas nacionales. Adquiere así el poder una connotación de misterio extremadamente conveniente para un ejercicio autocrático de él.

Y, tal como suele suceder en todos los casos - de derecha o de izquierda - en que entre el poder supremo y la ciudadanía no existen esas mediaciones institucionales y de opinión pública que son consustanciales a la democracia política, el poder termina por no saber que es lo que realmente ocurre en los niveles de base de la nación. No oyendo otra voz que la suya propia, repetida por todos los medios de comunicación, contando con órganos parlamentarios ficticios, vacíos de controversia, nulos como fuerza contralora del poder, este va haciéndose cada vez más distante del pueblo. Distancia que se acrecienta porque el **entourage** de los dirigentes pronto aprende que sólo debe decir lo que los Altos Oídos gustan oír. Un clima de adulancia e hipocresía va espesándose en torno a los Grandes Jefes y va conformando todo un estilo de vida nacional.

En estas condiciones se comprende por qué adquieren tanta prominencia los organismos policiales y por qué hegemonizan a todos los demás órganos del Estado. El poder no tiene canales de información más eficaces que los servicios secretos, que, como es lógico, refractan la información, es decir, la distorsionan, al mismo tiempo que contribuyen a la creación de un clima general de paranoia. Si en los países capitalistas la policía es prácticamente un Estado dentro del Estado, en los países del socialismo existente casi se podría decir que es **el** Estado. Esta situación se ha reforzado, habiéndose establecido una comunidad entre el socialismo y el capitalismo a medida que la diosa **Seguridad** exige cada vez más sacrificios. Y lo más peligroso

de todo es que esto es una amenaza para la civilización en su conjunto. Perdónese-me la aparente digresión, pero el mundo no tiene salida si este desarrollo no se rectifica, pero no se puede rectificar si no cambia el sentido de la confrontación Estados Unidos-Unión Soviética. Así, una nueva dimensión de lo que es ser izquierda se ha abierto. Es la dimensión de la crítica al rumbo que lleva la humanidad.

La burocratización del poder

La fragmentación de la sociedad que, entre otras cosas, hace imposible toda movilización social que no sea la ordenada y controlada por el poder (excepto en los procesos conflictivos, cuando el pueblo rompe el molde, como en el caso de Polonia hoy o de Checoslovaquia ayer), explica la burocratización creciente del cuerpo social. Los frecuentes discursos que contra esa calamidad se pronuncian frecuentemente en los países socialistas nunca toman en cuenta que mientras el pueblo no posea la real capacidad de controlar los actos de su gobierno ni la capacidad de ejercer el derecho de protesta ante las siempre posibles arbitrariedades del poder, no existe contrapeso alguno a la tendencia más o menos natural de todo organismo administrativo a burocratizarse.

Así mismo, la "alveolización" de la sociedad, facilita la literal confiscación del principal atributo político del poder del pueblo trabajador: el derecho a elegir - es decir, seleccionar - sus dirigentes. Entre aquella emblemática Comuna parisiense, que seleccionaba sus dirigentes a cielo abierto, en la plaza pública, y estas monarquías plebeyas, donde jefes de Estado, de gobierno y de partido, se suceden a sí mismos, en una serie que sólo termina con sus fallecimientos o con las conspiraciones palaciegas que los defenestran, no hay nada en común.

Los hechos muestran que la inexistencia de mecanismos democráticos, tanto para la selección de los integrantes del poder como para la transferencia de él de unos a otros dirigentes hace de ese proceso una experiencia siempre desgarradora y traumática; de la cual el gran ausente es el supuesto dueño del poder político, el pueblo. Salvo en aquellos casos en los cuales los cambios de gobierno tiene lugar como consecuencia de una movilización popular no prevista en el "libreto" del poder.

Rastreando los antecedentes de tan singular situación, se nos ocurre que ellos deben mucho de su existencia al traslado al Estado del modelo de partido leniniano-staliniano. En efecto, el modelo bolchevique de 1903, canonizado posteriormente por Stalin, y en el cual, como en toda organización de conspiradores luchando en la clandestinidad, la integración de los organismos de dirección no podía ser demo-

crática sino basada en la confianza de los militantes y en los mecanismos de cooperación, la tendencia a la eternización de los dirigentes es comprensible. Lenin con razón se burlaba de quienes proponían elección democrática de los dirigentes en un partido que batiéndose en la clandestinidad no podía establecer la primera condición de la democracia, la información pública y abierta sobre sus dirigentes. Cuando apuntaba que ello sólo era posible en un partido como el social demócrata alemán, legal, de masas, no necesitaba añadir que un cambio en las condiciones en que luchaban los bolcheviques debía llevar a nuevos procedimientos internos. De que ello era sí da testimonio el nuevo modelo organizativo que propuso para el partido durante la gran pleamar revolucionaria de 1905.

Pero cuando el modelo de 1903 fue consagrado como único, universal, a histórico, e intemporal, dio la pauta, en la medida en que todo partido político reproduce o anticipa la estructura del Estado, para el funcionamiento del nuevo Estado revolucionario - sobre todo porque en éste el poder, monopolizado por un partido, inevitablemente se moldeó alrededor de éste.

La compartimentación estanca de los militantes en las células de base, incomunicadas entre sí (como conviene a las exigencias de la protección contra la policía política) se reprodujo en la fragmentación de la sociedad como mecanismo de control y encuadramiento. La integración no democrática de los organismos de dirección fue trasladada al Estado y el líder vitalicio del partido, así como el "establishment" de éste, devinieron en el líder vitalicio de la nación y en el **establishment** de ella. Nace así una nueva "nobleza": los Grandes Hombres no pueden abandonar el poder, como cualquier hijo de vecino, para ser iguales a sus conciudadanos, en un proceso que abra camino a nuevos dirigentes, sobre cuya selección se pronuncia el pueblo, sino que, como los reyes, deben morir en el "trono", rodeados, porque esa es la dialéctica implacable del poder absoluto, de la adulación y el temor de sus "súbditos". No tiene, entonces, por qué extrañarnos que por ese camino estemos hoy en vísperas de que en alguno que otro de aquellos países se produzca la transmisión hereditaria del mando. Es la lógica interna de todo régimen no democrático, aunque sea más bien excepcional su realización práctica.

Por esto es que importa tanto que los partidos revolucionarios en lucha por el poder produzcan una reflexión en torno a las cuestiones de su democracia interna. La larga tradición del centralismo democrático versión Stalin, no es ajena, sin duda, a la fácil propensión hacia las soluciones no democráticas y autoritarias que caracterizan a tantos militantes de la izquierda. La costumbre de una vida partidista poco o nada democrática suele, después, hacer estragos en la organización del Estado re-

volucionario, sólo que lo que en el partido eran soluciones administrativas, en el Estado se transforman en soluciones policiales. Sin embargo, no quiero que esta explicación sea mal interpretada. Cuando hablo de democracia quiero decir reglas de juego democráticas, pero reglas de juego, es decir, leyes. No menos preceptos morales sino normas jurídicas con sus respectivas cláusulas penales. La democracia no autoriza el irrespeto al derecho ajeno ni el irrespeto a las reglas de juego que comprometen a toda la colectividad. Tan inadmisibles como la solución policial a los problemas políticos es el atentado a las normas políticas libremente establecidas.

En el MAS, en cuyos orígenes encontramos una triple vertiente crítica: la del capitalismo venezolano, la del socialismo existente y la del partido revolucionario - teniendo esta última muchos puntos de contacto con la segunda - hemos dedicado mucho de nuestros diez años de vida a la búsqueda de un tipo de partido revolucionario que pudiera superar las limitaciones no democráticas del tipo clásico y contribuya a formar un nuevo tipo de militante, educado en la idea de la democracia como componente esencial de un proyecto de transformación social. Y más que eso, pretendemos acercarnos a una cultura revolucionaria que librándonos de los fantasmas del pasado, nos familiarice con la problemática más común al revolucionario, que es la del humanismo, pero sin la idolatría a los valores culturales revolucionarios fracasados. Por supuesto, esto es un aprendizaje. Es una manera de rehacerse continuamente. Los postulados son sencillamente eso: postulados. La voluntad transformadora se crea y se re-crea en el quehacer. Esto significa que no estamos atados a ninguna definición previa sino a una voluntad transformadora.

Y es en este sentido como nuestros pasos nos han ido llevando desde la ruptura de los compartimientos estancos en la organización de la base partidista, hasta la legitimación de las tendencias internas. Ha sido el esfuerzo por construir un partido donde se rompa esa relación unívoca que coloca al militante al servicio del partido, para colocar también éste al servicio del militante, en una relación cuyo punto de arranque es el respeto por el individuo y su pensamiento. En el curso de diez años, durante los cuales no pocas veces recaímos en las viejas prácticas antidemocráticas, hemos ido creando un partido que cada vez se aproxima más a constituir un contexto estimulante para el desarrollo del pensamiento y de la personalidad de sus militantes. Aspiramos a que en este partido se pueda opinar libremente porque es preferible convivir con las ideas, por mucho que puedan discrepar entre sí, que hacerlo con alcabalas ideológicas, cuyos guardianes establecen el criterio sobre lo correcto y lo incorrecto. En nuestro partido está estatutariamente consagrada la comunicación horizontal entre sus organismos, a todos los niveles, de modo que no

es la dirección la que domina la llave de la información interna. Cualquier documento puede circular sin necesidad del **nihil obstat** de la dirección.

La legitimación de las tendencias internas y el establecimiento de la representación proporcional de ellas en los organismos de dirección, constituye el rechazo definitivo de la irreal versión monolítica del partido y la admisión de su pluralismo interno, limitado por el programa, obviamente; puesto que siendo un partido una asociación voluntaria, quien milita en él acepta el compromiso común del programa. Tal pluralismo, base de todo debate interno, no podría existir de no consagrarse el respeto a las opiniones minoritarias por la vía de la inserción de sus exponentes, obligada por la representación proporcional, en los organismos de dirección, sitio desde donde pueden ejercer más eficazmente su derecho a luchar por hacerse mayoritarias.

Nuestra última reforma estatutaria, estableciendo plazos fijos para la duración de los cargos nominalmente elegidos en la dirección, y la alternabilidad de ellos, reviste, a la luz de lo ya dicho, la mayor importancia. Es el modo de vacunarnos contra la tentación del dirigente vitalicio y el modo de restablecer plenamente el derecho de los militantes a elegir y ser elegidos. Es nuestro propósito que no haya cargos bloqueados por la adscripción de ellos a una determinada personalidad. Estamos empeñados en que todos estén abiertos. En que estén sujetos a elección. La famosa figura del Secretario General, de estirpe staliniana, se desmisticifica y desmitifica, para adquirir los contornos humanos del primero de los ejecutivos del partido, sin ninguna de las cualidades sobrenaturales de que la magia staliniana revistió el cargo. Así como de los soldados de Napoleón se decía que todos llevaban el bastón de mariscal en su mochila, así queremos que se diga de nuestros militantes que todos llevan el cargo de secretario general o presidente del partido en su carnet de militantes.

Sin embargo, los logros en gestación no significan que estemos contentos con la suerte partidista de nuestro proyecto. Está todavía planteada la posibilidad de que el MAS sea la síntesis de diversos movimientos y aspiraciones sociales, reconocidos como específicos y autónomos. Debemos reconocer que en esta búsqueda hemos chocado con tradiciones políticas nacionales, e incluso universales, que no nos hemos empeñado en vencer.

Finalmente, la creación de una institucionalidad democrática en el partido - y en el Estado - coloca la dinámica de los procesos políticos fuera de la pura voluntad de los dirigentes. Cuando no existe una normativa jurídica democrática, todo depende

de imponderables tales como el mejor o peor carácter de los jefes. Al contrario, cuando aquel marco jurídico existe, los factores personales son reducidos a su justa proporción, sin que puedan afectar toda la vida de una nación más allá de lo que las leyes, y las opciones que dentro de ellas se hagan, lo permitan. Los grandes jefes revolucionarios - cada uno bien distinto del otro, por supuesto - modelando sociedades a tenor de sus impulsos personales - tanto para bien como para mal -, sin más cortapisas que las de su propio juicio, son fenómenos completamente ajenos a la racionalidad democrática básica de todo proyecto revolucionario de cambio social, el cual debe esforzarse por instituir, allí donde no exista y sobre todo en América Latina donde no está muerta la tradición caudillista, lo que con palabras de Octavio Paz podemos llamar "una legitimidad suprapersonal".

"La experiencia demuestra - dice el Adriano de Marquerite Yourcenar - que... los Césares mediocres serán siempre los más numerosos, y que por lo menos una vez por siglo algún insensato llega al poder. En tiempos de crisis, la administración bien organizada podrá seguir atendiendo a lo esencial, llenar el intervalo, a veces demasiado largo, entre uno y otro príncipe prudente". Mejor no podría haberlo dicho nadie.

¿Qué es lo que queremos para nuestro país?

Ya a estas alturas podríamos preguntarnos qué es lo que queremos para nuestro país, a qué aspiramos. Pues bien, a nada más y a nada menos que a abrir el camino a una nueva forma de civilización. Una forma de civilización a la medida del ser humano.

Esto supone dar al Estado y sus instituciones, así como a la economía y al **habitat**, una escala manejable, de modo que la vida en sociedad sirva a los hombres en lugar de triturarlos. Llegará el momento de devolver a la economía su dimensión humana, la que aparentemente perdió al hacerse independiente de su razón social. Queremos, entonces, un Estado democrático, que actúe como agente principal de la limitación de sus poderes en aras de la expansión de los de la sociedad organizada. No se confunda esta posición, sin embargo, con la de quienes en el capitalismo piden menos intervención del Estado precisamente para que puedan actuar a su antojo las fuerzas del mercado. Hablamos de sociedad organizada y liberada de los poderes que hoy la explotan y alienan, para que el Estado pueda promover el desenvolvimiento autogestionario de ella, sin abdicar, desde luego, de aquellas responsabilidades que mantienen la coherencia y la cohesión social ni de aquellas que expresan los intereses generales de la colectividad nacional.

Aspiramos a un ejercicio del poder político suficientemente desconcentrado y descentralizado como para que los poderes locales puedan involucrar realmente a la ciudadanía en la gestión de sus asuntos, al mismo tiempo que órganos deliberantes parlamentarios posean la fuerza y la competencia para trazar las políticas nacionales, dirigir su aplicación y controlar a los ejecutores de ellas. Fuerza y competencia que derive tanto de su representatividad como de su articulación con todos los órganos de democracia directa en que se vertebra la población.

Aspiramos a un poder político que no asfixie el pluralismo político y cultural de la sociedad, ni reduzca la política a privilegio de la élite y la vida cultural a una mediocre y gris administración burocrática. Aspiramos a un poder político en el cual los cuerpos policiales no estén colocados por encima de los demás órganos del Estado sino que estén absolutamente subordinados y controlados por los organismos de poder popular, al tiempo que una justicia independiente pueda cautelar los derechos ciudadanos frente a terceros y frente al Estado. Aspiramos a un poder político que no atrofie ese derecho político fundamental que es el de poder estar en desacuerdo, el derecho a la disidencia, y que respete profundamente el derecho de que ella se exprese, lo cual implica medios de comunicación no regimentados ni estatizados. En definitiva, aspiramos a un poder político que sea expresión de una voluntad colectiva que se autogobierna, sobre la base de una nueva hegemonía social, la del bloque social no capitalista.

Un poder político de esta naturaleza, socializado, está orientado a la socialización de los resultados de la producción, de acuerdo a criterios y prioridades racionalmente establecidos y cuyo desideratum no es únicamente el de la estatización de todo el aparato productivo y distributivo, sino el de ir avanzando en la socialización mediante la creación y expansión de sectores autogestionarios de la economía, en los cuales los productores directos asuman su control y dirección. Los sectores estatizados, aquellos que por su peso específico en la vida de la nación deban contar con una presencia estatal determinante, desarrollarán simultáneamente organismos de control laboral, de modo que el sector estatizado sea cogestionario. El control laboral se extenderá también hasta el sector privado de la economía, el de la pequeña y mediana magnitud, cuya existencia es indispensable para el desarrollo de las fuerzas productivas del país. Toda nueva actividad económica responderá, en la medida de las posibilidades, a criterios autogestionarios. Todo esto dentro de los marcos de una plan nacional, flexible y descentralizado, que no rehuya la utilización controlada de determinados mecanismos de mercado, compatibles con los intereses sociales generales

Sobra señalar que un Estado tan poderoso como el venezolano posee recursos y mecanismos de control que le permiten socializar en medida decisiva la distribución del producto **total** las formas de propiedad. Ahora bien, es evidente que sectores tan influyentes en el conjunto de la economía como el financiero, el de distribución al por mayor, el de comercio exterior y los sectores industriales monopólicos deberán ser colocados bajo control y gestión de la nación, bajo las diversas formas que este asuma: desde la socialización autogestionaria hasta la estatización y el control laboral, pasando por la utilización de mecanismos financieros y fiscales que el Estado domina.

Todo esto dentro de un modelo de desarrollo que otorgue prioridad a la pequeña y mediana actividad económica, tanto en la ciudad como en el campo, - dentro del marco de distintos niveles de socialización de la propiedad - con utilización de tecnologías creadoras de empleo y congelando el gigantismo económico - sin cometer el error, por cierto, de descuidar las exigencias de desarrollo de la industria petrolera, la cual, inapelablemente, habrá de financiar durante mucho tiempo buena parte de la creación de alternativas a la dependencia respecto de ella.

El proceso industrial deberá encadenarse hacia atrás, hacia las fuentes de materias primas, es decir, la agricultura y la cría, para que ambos extremos de la escala se estimulen mutuamente; librando, desde luego, a la agricultura, de la pesada hipoteca que significa la sobrevivencia del latifundismo por un lado y el peso de los sectores monopólicos agroindustriales y agrocomerciales por el otro.

Este modelo de desarrollo debe conceder atención prioritaria a una nueva definición del proceso de urbanización. La ciudad caótica del presente, típico producto de la civilización capitalista mezclada con el atraso, debe ser remodelada para que adquiera un rostro humano; y las nuevas aglomeraciones urbanas y rurales deberán responder a una concepción que concibe la vivienda y su entorno como grato asiento de la civilización y manifestación de una cultura, y no como subproducto de la especulación inmobiliaria.

Ahora bien, dicho esto es preciso introducir algunas precisiones de otro orden en estos planteamientos, necesariamente muy generales y esquemáticos. Porque de lo dicho podría fácilmente inferirse que nuestra aspiración se limita a producir, en el plano del desarrollo económico, un modelo que mantendría, dentro de otro marco y bajo una conducción política distinta, las pautas tradicionales, tanto desde el punto de vista tecnológico como desde el de la relación de los hombres con la economía. Y no es así. Nosotros somos, ciertamente, expresión de una parcela social

preferida y humillada. Nos sostienen capas explotadas, pobres y menos pobres, frente a las cuales ofrecemos la posibilidad de ser poder para cambiar la vida. Pero también somos expresión de una idea del desarrollo que rompe con la norma del desarrollo burgués. Una medida muy importante de la tragedia del mundo socialista es que planteó la confrontación con el capitalismo en el mismo terreno del crecimiento como fin en sí mismo y, finalmente, en el del consumismo, sobre la base de criterios semejantes de explotación irracional de los recursos naturales y de daños irreparables al entorno natural. Probablemente esto tenga que ver mucho con la ideología decimonónica del progreso infinito de la sociedad humana, que impregna también el pensamiento de Marx y de todos los socialistas del siglo pasado. No por casualidad, cuando Marx describe la segunda fase de la sociedad comunista, aquella que inscribirá en sus banderas la divisa "De cada cual según su capacidad; a cada cual, según sus necesidades", dice que en ella correrán "a chorro lleno los manantiales de la riqueza colectiva".

Cuando la alternativa debería ser planteada sobre el piso de nuevas relaciones sociales y de un modo de vida que pueda asegurar la felicidad de sus integrantes, la competencia de los dos bloques la redujo a un enfrentamiento en el puro terreno de la producción material, contribuyendo con ello a respaldar la ideología de la revolución sólo como desarrollo económico - lo que en otra parte llamé "desarrollismo de izquierda".

Pero, sin duda, no es de eso de lo que se trata. La producción y el crecimiento económico tienen sentido en la medida que sirvan para la satisfacción de las necesidades sociales. Más allá de ellos, cuando el crecimiento económico deviene en fuente de poder, tanto en el capitalismo como en el socialismo, cuando se produce el fetichismo de la economía, la sociedad se aliena a esta y es organizada, tanto en uno como en otro sistema, no para vivir mejor sino para producir más.

Nuestra idea del asunto es la de crear un orden social cuya finalidad sea la de vivir mejor; de una manera justa, armoniosa y libre, muy diferente a la vida que el capitalismo ha creado. Y eso no es posible, ciertamente, si se asume que la organización económica sólo debe satisfacer criterios económicos. Como señala R. H. Tawney en "Religión y ascenso del capitalismo": "Una estimación razonable de la organización económica debe considerar el hecho de que, a menos que la industria deba ser paralizada por revueltas recurrentes por parte de la naturaleza humana ultrajada, ella debe satisfacer criterios que no son puramente económicos". Schumacher, en su famoso libro "Lo pequeño es bello", nos coloca ante el Gran Problema: "Debemos entender... y comenzar a ver la posibilidad de desenvolver un nuevo estilo de vida,

con nuevos métodos de producción y nuevos patrones de consumo: un estilo de vida diseñado para la permanencia. Habla de la permanencia del género humano, desde luego, porque ésta está más amenazada de lo que creemos.

La primera condición para ello, sin duda alguna, es hacer a la sociedad dueña y contralora de sus recursos. La gran debilidad de todas las recetas tecnocráticas a lo Servan-Schreiber es su absoluta prescindencia del contexto social y político y la ingenua creencia de que la aplicación de tecnología para enfrentar los problemas de la sobrevivencia de la humanidad puede ser independiente de la organización social y política. Ninguna técnica agrícola podrá resolver la cuestión del hambre de los países pobres si la agricultura continúa sometida, por ejemplo, al pesado handicap de las relaciones de producción latifundista.

Pero, una vez establecido aquel requisito, que unifique control de los recursos y fines de la sociedad, la cuestión propuesta por Schumacher adquiere absoluta prioridad. Si el estilo de vida reproduce las pautas del capitalismo en las relaciones del hombre con la naturaleza y del hombre con la economía, entonces, no será mucho lo que se habrá avanzado respecto a la perentoriedad de crear un orden social justo, armonioso y libre. De allí que nuestras preocupaciones nos lleven hoy hacia la búsqueda de un diseño socialista que en la producción y reproducción de la vida material pueda eludir las trampas del desarrollismo y los sacrificios ante el sangriento altar del Progreso, entendido éste solamente como crecimiento del Producto Territorial Bruto. La condición humana y las circunstancias de su existencia y florecimiento no pueden ser medidas por ninguna estadística. Y es ella, en fin de cuentas, la raíz y el fin de todo. Marx lo dijo una vez: "El hombre es la raíz del hombre".